

Luis Ordaz: Al maestro con cariño

Oswaldo Pellettieri

Luis Ordaz, nacido en Barcelona, fue un hombre que demostró a través de su vida y desde muy joven un profundo amor por el teatro, en el cual desplegó una actividad que alcanzó diversos aspectos, desde la autoría y la adaptación de textos ajenos hasta la crítica y la investigación. Una de las facetas de su personalidad que más he admirado ha sido su actitud de maestro. No porque cuando hablara se pusiera en situación de estar dando una lección al interlocutor sino, justamente, por lo contrario.

Lo conocí a principios de los años setenta, cuando recién comenzaba a estrenar como director y ni soñaba en convertirme en teórico e investigador teatral. Ya en ese momento encontré en él la actitud de un maestro. En esa época los “críticos importantes” no iban a los estrenos de los principiantes y yo lo era. Ordaz era la excepción. Asistía siempre a los estrenos de todos, acompañado por la querida Elena, y los comentaba en el Semanario Teatral del Aire que dirigía Emilio Stevanovich por Radio Municipal. Y a la salida me daba su juicio, sin aparatosidades eruditas, con un gran respeto, pero puntualizando lo que pensaba que se podía mejorar. Lo hacía valorando la historicidad, el relativismo de nuestro teatro. De él aprendí a pensar el hecho teatral en el devenir socio-político de nuestra historia. Aprendí más que a juzgar, a comprender el teatro. Siempre se mostraba dispuesto a compartir su saber. Valoré entonces esa actitud y la sigo considerando valiosa como modelo a seguir.

Lo terminé de conocer más tarde, primero, ya en la profesión y luego compartiendo la comisión directiva de ACITA (Asociación de Críticos e Investigadores Teatrales de la Argentina) que Ordaz presidiera durante varios períodos. En medio de las más enconadas discusiones, él se las ingeniaba para orientarnos sin hacerlo notar y con esa misma disposición contemporizadora, disculpaba, “dejaba pasar” más de un desplante de algún

“nuevo crítico” o “nuevo investigador.” Como crítico e investigador fue también un ejemplo. Su *Historia del teatro rioplatense* (Buenos Aires: Futuro, 1946) significó un verdadero avance para nuestra historiografía teatral. Por primera vez en nuestra investigación, su “historia de autores” sistematizó los períodos, apeló al cotejo de fuentes, estudió, también por primera vez, el teatro independiente. Le otorgó un sentido a su historia y si bien, por supuesto, primaba en ella el punto de vista del “teatro culto,” no dejó de lado los fenómenos populares de nuestro teatro, valorando a Armando Discépolo como verdadero creador y “descubriendo” a Roberto Arlt como autor moderno.

La capacidad crítica de Ordaz también se manifestó en múltiples publicaciones, especialmente en *El teatro argentino* (Buenos Aires: CEAL 1971) y en las dos ediciones de *Capítulo, la historia de la literatura argentina* (Buenos Aires: CEAL, 1967, 1985), en los trabajos correspondientes a la evolución de nuestro teatro.

Decía que al teatro argentino no sólo había que historiarlo sino que también que quererlo. Y como todo gran historiador, “creó” teatro, inició la “tradición moderna” en la investigación teatral argentina. Realmente ejemplarizadora fue su tarea cuyo mayor mérito, visto desde el momento histórico en que se dio a conocer, fue su sentido histórico, que lo llevó a ajustar las relaciones de pasado y presente y de presente mediato e inmediato de manera prospectiva. En la mayoría de los casos su actitud hacia el pasado fue de comprensión, no de juzgamiento. La excepción que podemos anotar es su postura frente al teatro comercial-popular de principios a mediados del siglo XX. Quizás, desde nuestra perspectiva actual, el historicismo de hechos y nombres puede aparecer reflejo de una época. Más de una vez lo oí decir que los autores importantes se situaban en dos planos de méritos iguales: los que ofrecen datos y los que facilitan claves. Y agregaba: “El autor pertenece a una época, pero su obra misma ayuda a descifrarla.”

Sin los aportes de Ordaz hubiera resultado imposible el resurgimiento de nuestra investigación teatral. Fue el primero que planteó la historia del teatro nacional como problema a resolver y sus descubrimientos son el origen de muchas de nuestras “seguridades” presentes. Es el camino que hemos tratado de continuar. Para los que lo hemos conocido, había otros aspectos de la personalidad de Luis Ordaz igualmente destacables: su notable sentido del humor, puesto de manifiesto, por ejemplo, cuando durante el homenaje que se le brindó con motivo de cumplir 90 años confesó: “casi no veo, oigo mal y me afeito de memoria.” Alguna vez, una de las tantas que en que se lo premió, y ante los discursos de alabanza sobre su persona, me murmuró:

“¿Dónde está el muerto?” Es que él creía sinceramente que no era acreedor de esos elogios que, simplemente, había hecho “lo que había que hacer.” Quizá como reconocimiento a ese “hacer lo que había que hacer” recibió todos los premios posibles: Pepino 88, Ollantay, Molière, María Guerrero, Podestá, Fondo Nacional de las Artes, Armando Discépolo, Instituto Nacional del Teatro y Trinidad Guevara. Quizá también por eso cuando AITEA (Asociación de Investigadores de Teatro de la Argentina) decidió crear un premio a la trayectoria de los teatristas lo llamó “Luis Ordaz.”

Sus charlas eran absolutamente imperdibles, porque, como ha afirmado Roberto Cossa, “Leer a Luis Ordaz es escucharlo, y oír su palabra es como volver a leerlo.” Nuestro último encuentro fue en su casa, pues él ya no salía, unos meses antes de su muerte, y coherente con esa actitud que mantuvo durante su vida de brindarse y apoyar a los jóvenes, me propuso que organizáramos una charla con los jóvenes investigadores del GETEA, a los que abría su casa. La charla no pudo concretarse, pero la intención refleja esa conducta de maestro que mantuvo hasta el final. Tenemos que agradecerle su sapiencia, su ética y su generosidad.

Buenos Aires